

II Trimestre de 2008
Libro Complementario

La gloria de Jesús
Todavía toca los corazones

Roy Adams

Capítulo 13

¡Viene a por nosotros!

Al final del noticiero vespertino de la NBC del 13 de septiembre de 2001 se difundió la voz de una mujer desesperada y frenética, en la que fue su última llamada a su esposo, desde su oficina en el piso más alto del Centro de Comercio Mundial, la mañana del 11 de septiembre. "Estoy atrapada aquí en mi oficina", dice, "y no puedo salir; alguien ha bombardeado el edificio. Pero quiero que sepas que te amo".

Inmediatamente después grabé mi reacción: "Ya de pie, preparándome para salir de la sala de la casa, me quedo inmóvil como si estuviera clavado en el piso, con mi mente luchando para captar la magnitud de esta tragedia: aviones de pasajeros cargados de hombres, mujeres y niños inocentes, llevados a la muerte por malos hombres; mas otros millares en sus oficinas asesinados de repente por demonios en forma humana; la mente se abisma ante las imágenes de personas desesperadas saltando hacia el abismo de la muerte desde una altura de cientos de metros por encima de la calle; el terrible informe de miles de cuerpos en bolsas de plástico ordenado por las autoridades de la ciudad de Nueva York; la imagen de miles de bolsas adicionales que todavía vendrían, como el espectro de represalias y contrarrepresalias que se abrió camino en toda la redondez de la tierra. Todo aquello fluyó a mi mente mientras estaba allí, de pie, transfigurado, cerca de la entrada de la sala de la casa. Finalmente me dirigí a la privacidad de mi estudio, sobrecogido una vez más por la horrenda fealdad de nuestros tiempos. Fue, quizá, la ira más profunda que jamás he sentido en mi vida".

Esos fueron mis pensamientos aquella tarde de septiembre de 2001, y expresan exactamente cómo me sentía en aquellos oscuros instantes. ¿Cómo se sentía Dios? ¿Cómo siente Dios? Si encontráramos lo que escribió en su "diario" de

aquel día, ¿qué sentimientos expresados por la pluma divina leerían nuestros ojos?

Nadie lo puede saber. Pero a juzgar por todo lo que leemos en las Escrituras, podemos decir una cosa con seguridad: *Él anhela desesperadamente terminar esta tragedia*. ¡Si de mí dependiera, ya la habría terminado ayer! Pero no lo ha dejado en mis manos. Ni tampoco en las de usted. Está, precisamente, donde debe estar: en las manos de Aquel cuyo amor es infinito y cuya sabiduría es inescrutable. Y tenemos la sólida promesa del Salvador haciendo eco a través de los siglos hasta nuestros explosivos tiempos: *"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay, si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Juan 14: 1-3)

La segunda venida de Jesús es el tema de este último capítulo; pero yo quiero poner el mayor énfasis en lo que pasará después del advenimiento, en el emocionante futuro que está mucho más allá.

¡Hay demasiado dolor aquí!

La creación entera gime bajo el peso del dolor y el sufrimiento. Un cáncer barre la superficie del planeta, generado por agentes que nosotros mismos hemos creado. Todos estamos siendo envenenados lentamente.

Y cada 11 de septiembre nos trae el recuerdo de otro tipo de cáncer, el cáncer internacional de la barbarie, simbolizada por el ataque que se produjo el año 2001 en esa fecha, "una atrocidad de inenarrable horror" (para usar las palabras del obispo Desmond Tutu), una tragedia tan horrible que ha sobrepasado la capacidad expresiva del lenguaje humano. Hablamos acerca de aquellos que murieron, cerca de tres mil; pero a veces olvidamos la desgracia de algunos que sobrevivieron. Debe haber días cuando los miembros de este último grupo sienten envidia de aquellos que perecieron.

Ese pensamiento vino a mi mente durante las ceremonias que rodearon el primer aniversario del desastre. Lo que se grabó en mi mente fue una foto que apareció en la primera página del periódico *Washington Post*.¹ Era la foto de una mujer que yacía en la cama de un hospital, un año después de la tragedia. La nota al pie de la foto decía: *"Louise Kurtz, empleada civil que sufrió severas quemaduras en el ataque al Pentágono, recibe un beso de su esposo Mike antes de*

¹ *Washington Post*, 10 de septiembre de 2002, p. A1 (nota de pie de grabado).

someterse a la operación quirúrgica número 41 del tratamiento al que está siendo sometida".

Solo piense en eso: ¡Cuarenta y una operaciones quirúrgicas! "Kurtz", decía el artículo, "estaba de pie aquella mañana ante una máquina de fax en su oficina del Pentágono cuando ocurrió el ataque. "Hoy", continúa el artículo, "su delicado rostro está todavía surcado por cicatrices. Sus dedos de las manos han desaparecido. Nunca más podrá manejar un automóvil, morder una manzana o sostener un teléfono. Sus brazos terminan en un muñón lacerado sin dedos. Sus orejas han desaparecido. El dolor todavía es horroroso. Y el Pentágono le está quitando sus beneficios de jubilación mientras ella está fuera del trabajo".

La última frase es suficientemente ofensiva como para despertar la ira de un cadáver. ¡Añadir insulto a la crueldad de las heridas! Uno queda mudo de asombro ante la insensibilidad del corazón humano.

¡Hay demasiado dolor! ¡Demasiado dolor! La única solución para la tragedia humana es Jesús. Y el emocionante futuro que está preparando para nosotros.

Más allá de la imaginación

Nunca olvidaré, mientras viva, la mañana que pasé en Atenas en el año 1983. Llegué a la histórica ciudad, en vuelo de Tel Aviv, a la inclemente hora de las tres de la mañana, busqué un hotel, y me dormí. Cuando desperté, varias horas después, el sol ya estaba alto en el cielo. Abrí las cortinas, miré por la ventana, y lo que vi casi hizo explotar mi mente. Allí, en frente de mis ojos, en todo su antiguo esplendor, estaba el objeto de los sueños y las fantasías de la infancia y la juventud: la *Acrópolis*. ¡La Acrópolis de Atenas, con el Partenón, aquel famosísimo templo antiguo, erguido en la cima, a unos cuantos pasos de mi hotel!

Y cuando un poco más tarde, esa misma mañana, me dirigía hacia ese lugar, pasando por la Colina de Marte (donde Pablo se encontró una vez con los sofisticados filósofos), intencionalmente caminé lentamente, saboreando cada momento de la espectacular escena, como un niño que no quiere que su postre se termine. *Porque mientras viva, jamás olvidaré la ola de emociones que experimenté aquella mañana en Atenas.*

Pero nada de lo que podamos ver aquí en la tierra, nada de lo que podamos experimentar de este lado de la eternidad, podrá compararse jamás con la gloria que nos espera en el mundo venidero. Dijo el apóstol Pablo: "Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

Y la única razón por la cual nos animamos a abrir nuestra boca para decir algo sobre el tema es que "Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Corintios 2:10). Dios nos lo ha revelado a nosotros, no en todos los detalles de su esplendor y magnificencia, por supuesto, pero lo suficiente para mascullar algunas palabras acerca de ellas. Y una de las revelaciones más sublimes del Espíritu se le dio al apóstol Juan.

Cuando la historia comienza, encontramos a este intrépido veterano del evangelio de Jesucristo desterrado en la desolada isla de Patmos, que era una colonia penal, en el mar Egeo. No *podemos matarlo físicamente*, concluyó el emperador Domiciano. *Incluso se ha negado a hervir* (usted probablemente recuerda la historia de que Juan sobrevivió cuando lo echaron a un caldero de aceite hirviendo). *Por tanto, destruyámoslo mentalmente. Hagámoslo trizas emocional y psicológicamente. Démosle todo el tiempo necesario para que pierda la razón, tiempo para que se pudra viviendo sus últimos días entre los lagartos, las serpientes y otros reptiles de la isla de Patmos. Echémoslo allí, como un saco de basura, y olvidémonos de él.*

Pero el Señor tenía otros planes para su siervo. El ángel del Señor descendió a la isla de Patmos aquel solitario sábado, y el desértico, inhóspito lugar, se transformó como si fuera las mismas puertas del cielo. "Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia" (Apocalipsis 1:10, 11).

Así que Juan escribió lo que vio. Y aquel documento, el libro de Apocalipsis, habiendo soportado la decidida batería de los escépticos, los ateos, los gnósticos, y los tenaces críticos bíblicos a través de los siglos, nos ha llegado con todo su inalterable poder, *dándonos una rara vislumbre de la gloria del mundo venidero, y el fantástico futuro que espera a cada hijo de Dios.*

"Después de esto", escribió el veterano apóstol, "miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y de la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, con palmas en las manos" (Apocalipsis 7:9).

Algunas veces concluimos, basados en la declaración de Jesús registrada en Mateo 7:14 (que solo unos "pocos" encontrarán el camino angosto), que únicamente un pequeño número de personas se salvará. Pero eso solo es cierto en comparación con las multitudes que se perderán. Deberíamos animarnos al saber que habrá millones de millones de personas que se salvarán en el reino

de Dios: *"Una gran multitud"*, dice Juan, "que nadie podía contar". Y vienen de todos los lugares de la tierra: "de toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apocalipsis 7:9). De Corea del Norte, de Afganistán, del Turquestán, de Irán, de Yemen, y de todos los países que ahora pensamos que están ahogando al evangelio de Jesucristo. Allí están, de pie, en una maravillosa reunión frente al trono de Dios.

Tal como lo imagino, lo que tenemos aquí en Apocalipsis 7 es una descripción de nuestra llegada al cielo. Los cuellos giran para todos lados mientras los redimidos voltean para todos lados, esperando captar una vislumbre de Jesús, la magnífica Persona que hizo todo esto posible. Nosotros estamos de pie ante el trono de Dios y el Cordero, dice el apóstol, "vestidos de vestiduras blancas", y con las palmas de victoria en nuestras manos (versículo 8). Y "clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén" (Apocalipsis 7:10-12).

Yo le llamo a esto la bienvenida celestial a todos los redimidos, una gran celebración de victoria para los recién llegados. ¡Tiempo de alabanza y de exultación! La gente ríe y llora de gozo, saltando y danzando, repartiendo besos santos y abrazos por doquier! ¡Es arrobamiento puro y perfecto, más allá de toda imaginación! ¡Y no hemos hecho más que comenzar!

La gran cena

Después del capítulo 7 Juan ve el desarrollo de grandes y asombrosos eventos: históricos, prehistóricos y futuros desde el capítulo 8 hasta el 18. Y cuando nos aproximamos al final del libro, Juan parece ligar la celebración de la victoria del capítulo 7 con el gran banquete de bodas del capítulo 19, a juzgar por la similitud en el tono y el marco en que se desenvuelven los dos eventos. "Después de esto", dice, "oí una gran voz de gran multitud en el cielo, diciendo: ¡Aleluya! ¡Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro! [...]. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya! [...]. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; por-

que han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado" (Apocalipsis 19:1, 4-7).

Elena G. de White obtuvo una vislumbre de este evento en una de sus primeras visiones, y escribió lo que vio en *Primeros escritos*, página 19: "No me es posible describir las maravillas que vi. ¡Oh, si yo supiera el idioma de Canaán! ¡Entonces podría contar algo de la gloria del mundo mejor! [...]. Pronto oímos su amable voz que decía: Venid, pueblo mío; habéis salido de una gran tribulación y hecho mi voluntad. Venid a la cena, que yo me ceñiré para servirlos'. Nosotros exclamamos: '¡Aleluya! ¡Gloria!' y entramos en la ciudad. Vi una mesa de plata pura, de muchos kilómetros de longitud, y sin embargo nuestra vista la abarcaba toda".

¿Dónde se sentará usted en aquella mesa? ¿Dónde estará sentado yo? Sinceramente no me preocupa en lo más mínimo. *Lo que quiero es entrar allá, y punto. ¡Pueden ponerme en el piso si quieren! ¡Porque no importa donde estemos sentados, todos tendremos una visión clara de Jesús!*

Usted comprende que la descripción que hace la señora White aquí solo representa la más pálida vislumbre de lo que será la realidad. ¿Dónde está el ser humano que puede al menos comenzar a comprender la increíble logística que se necesita para organizar un banquete para una multitud del tamaño de todos los redimidos? Quizá los juegos olímpicos constituyen el mayor y más elaborado evento que se realiza sobre este planeta, una verdadera pesadilla de organización. "Más difícil", dijo Peter Ueberroth, organizador de los juegos olímpicos de 1984, "que organizar diez supertazones cada día durante dieciséis días".²

Pero imagine lo que sería planificar, no solo un evento de esos cada cuatro años, *sino un millón de ellos simultáneamente*. Si puede imaginarlo, será como preparar la fiesta de cumpleaños de un niño, *¡comparado con la preparación cósmica que ahora está en marcha para la gran vuelta al hogar de los redimidos!* Está muchísimo más allá de la comprensión humana.

Sin embargo, al llegar a nuestro pasaje en el capítulo 19, la preparación cósmica es completa y perfecta, el espectáculo está en marcha, por así decirlo, *¡y nosotros, usted y yo, somos parte de él!* ¡Sentados entre los millones y millones de todos los seres creados de todo el inmenso universo de Dios, participamos de la gran cena de bodas del Cordero! Algunas veces me he preguntado qué habrá en el menú. La señora White, en aquella misma visión, dice: "Vi el árbol de la vi-

² Peter Ueberroth, *Made in America* (Nueva York: William Morrow & Company, 1985), p. 92.

da, el maná, almendras, higos, granadas, uvas y muchas otras especies de frutas" (p. 19).

Yo nunca he probado el maná. Pero sí las almendras, los higos, las granadas y las uvas. Pero debo decir que no son esas las frutas que me hacen agua la boca mientras anticipo aquel día. Así que me siento muy agradecido que la declaración de la señora White no se detuvo allí. Después de la lista mencionada, ella añade: "Y muchas otras especies de frutas". Eso me deja libre para especular que quizá haya por allí *algunas enormes y jugosas piños, papayas y unos enormes y jugosos mangos*.

Y estos frutos no serán las insípidas, obligadas a madurar, imitaciones de frutas que encontramos en algunos países en la actualidad (cortados verdes, rociados con color, luego vendidos a aquellos que nunca habían probado algo tan maravilloso). No. En comparación con los deliciosos y atractivos frutos del cielo, los que probamos aquí tienen el mismo sabor que tenían las medicinas que se usaban antes.

Volviendo a la cita, la hermana White dice: "Le rogué a Jesús que me permitiese comer del fruto y me respondió: Todavía no. Quienes comen del fruto de este lugar ya no vuelven a la tierra. Pero si eres fiel, no tardarás en comer del fruto del árbol de la vida y beber del agua del manantial'. Y añadió: 'Debes volver de nuevo a la tierra y referir a otros lo que se te ha revelado'. Entonces un ángel me transportó suavemente a este oscuro mundo. A veces me parece que no puedo ya permanecer aquí; tan lóbregas me resultan todas las cosas de la tierra. Me siento muy solitaria aquí, pues he visto una tierra mejor".³

¿No se nos hace agua la boca? ¿En verdad tenemos un profundo deseo de llegar a nuestro hogar celestial?

¿Esperanza o desesperación?

La última semana del año 2006 se difundió la Semana de Armagedón en el *History Channel*, en la zona de Washington, D. C; y el 26 de diciembre difundieron un programa titulado: "Los últimos días de la tierra", describiendo "las siete mortales amenazas contra la humanidad". Los científicos se han unido a los religiosos pregonando sus propios escenarios apocalípticos, dijo el programa, y ninguno de esos escenarios es color de rosa.

Más de 99% de las especies que alguna vez vivieron sobre la tierra se han extinguido, dijo un astrofísico, "y tarde o temprano nuestra buena suerte se nos

³ Elena G. de White, *Primeros escritos*, p. 19, 20.

acabará". Un asteroide puede acabar con nosotros, o una epidemia de gripe puede dejar despoblado este planeta. Algunas estrellas podrían colapsar, produciendo rayos gama, "luz radiactiva más brillante que un millón de trillones de soles". "Imagine que todo ese poder se lance contra nosotros", dijo el moderador, nuestras posibilidades de supervivencia son menores a cero. Los agujeros negros que durante mucho tiempo se creyeron estacionarios, ahora se cree que se mueven a velocidades superiores a 1.500 kilómetros por hora. Son "aspiradoras cósmicas" que pueden tragarse un planeta entero como si fuera una mota de polvo. Los libros de texto de hace cien o doscientos años, dijo un astrofísico, nos presentaban al universo como un lugar pacífico y gentil. Pero "hemos aprendido que el universo no está escaso de medios para destruirnos".

El matemático y filósofo inglés, Bertrand Russell, en un ensayo escrito en 1903, pintó un futuro similar. "Todas las obras de los siglos", dijo, "toda la devoción, toda la inspiración, toda la brillantez meridiana del genio humano, están destinados a la extinción en la vasta muerte del sistema solar, y el vasto templo de los logros humanos debe ser, inevitablemente, sepultado bajo los escombros de un universo en ruinas". ⁴

¡Cuánta desesperación! ¿Qué sería si una perspectiva tan sombría definiera nuestro destino?

Durante una carrera de caballos a campo traviesa realizada en el Estado Norteamericano de Virginia, en mayo del año 1995, un alto inesperado de su caballo en medio de un salto lanzó al actor norteamericano y estrella de Hollywood, Christopher Reeve, por encima de la cabeza del animal. El accidente prácticamente le separó la cabeza del resto del cuerpo. En una complicadísima operación, los médicos del Hospital de la Universidad de Virginia se las ingeniaron para pegarle otra vez la cabeza a la columna vertebral, ⁵ pero el hombre, una vez alabado como "superman" por sus millones de admiradores, pasó los últimos años de su vida como cuadripléjico inmóvil en su silla de ruedas.

"En mis sueños", escribió Reeve en su autobiografía, "me veo sano de nuevo. Me levanto y hago cosas maravillosas. Cabalgo de nuevo o estoy con Dana (su esposa) y con Will (su hijo), o estoy actuando de nuevo en una película". ⁶ En aquellos sueños, dijo en una entrevista, "Siempre estoy sano, siempre activo".

⁴ Bertrand Russell, "A Free Man's Worship", <http://www.luminay.us/Russell/freeman.html>.

⁵ Christopher Reeve, *Still Me* (Nueva York: Random House, 1998), pp. 14, 15. Véase también Chip Crews, "Christopher Reeve ...", *Washington Post*, 3 de mayo de 1998.

⁶ *Still Me*, p. 45.

"Nunca he tenido un sueño en el cual estoy impedido o en una silla de ruedas".

⁷

El profundo anhelo de Reeve de tener salud representa, creo yo, el sueño universal de la humanidad. ¿Y qué, si no hubiera cura para la enfermedad del pecado, la mayor tragedia de todas? ¿Qué, si no hubiera remedio para este traumatizado planeta? ¡Gracias a Dios porque *SÍ* hay "remedio"! Ni la oscura visión del futuro de Russell ni las pesadillas que predicen los científicos para el futuro serán nuestro destino.

Dijo el antiguo profeta: "Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido" (Isa. 35:10). Y leemos en Apocalipsis 21: 1-4 de "un cielo nuevo y una tierra nueva".

Será un nuevo orden mundial, un planeta transformado: ¡perfecta temperatura; no habrá insectos, ni alergias, ni dolor, ni enfermedad, ni desilusiones, ni armas, ni asaltos, ni cárceles, ni hospitales, ni guerras, ni contaminación ambiental, ni racismo, ni explotación, ni pobreza, ni barrios bajos, ni policía, ni prostitución, ni perversión, ni juegos de azar, ni crimen de ningún tipo, ni muerte, ni más impuestos!

Y, gracias a Dios, Jesús, la principal atracción del cielo, estará allá. Espero con ansias aquella reunión con él, de quien, personalmente, no he recibido más que bondad, para ver su rostro, para sentarme a sus pies, para poner mi mano en las suyas perforadas por los clavos. ¡Aspirar larga y profundamente y sentir que es la purísima atmósfera del paraíso de Dios; pellizcarme a mí mismo y comprender que realmente estoy en mi hogar celestial!

⁷ Chip Crews, *Ibid.*